

Documento de Trabajo No. 42

**TEORIA ECONOMICA Y POBREZA \***

**Luis Ratinoff**  
**Oficina de Estudios Estratégicos**  
**Junio 28, 1994**

\* Intervención hecha en el Encuentro de Reflexión "Hacia un Enfoque Integrado del Desarrollo: La Etica, La Economía y la Cuestión Social" (13 y 14 de enero de 1994).

## TEORIA ECONOMICA Y POBREZA

Quisiera señalar primero que más que una ciencia del comportamiento económico, hay un conjunto de buenas teorías y paradigmas interpretativos. Este conjunto de proposiciones lógicas basadas en supuestos permite evaluar la racionalidad del comportamiento real. Todos sabemos que estas teorías explican la opción racional pero no la realidad del comportamiento.

Las teorías económicas se originan a partir de los supuestos, posibilidades y opciones de la acción optimizadora de un individuo hedonista y utilitario, que decide dentro de un escenario de alternativas y posibilidades. Este ejercicio es valorativamente neutro, para el sujeto abstracto de la acción todos los fines tienen el mismo valor y la racionalidad de su decisión es endógena, ya que está determinada por la finitud de los medios. Sin embargo, los seres humanos de carne y hueso seleccionan dentro de sus márgenes culturales y responden a los incentivos de la organización social en que se encuentran inmersos. Sus preferencias son inducidas por un marco muy amplio de factores e influencias, esto incide incluso en la racionalidad con que usa sus recursos.

La pobreza es un área residual que no tiene lugar dentro de la teoría económica. La verdad es que hasta ahora no hay buenas explicaciones económicas de la pobreza, si bien los pobres representan una elevada proporción de la humanidad. No hay que olvidar que el propósito de Adam Smith fue proponer más bien una teoría de la riqueza. Del mismo modo, tampoco hay que olvidar que las teorías políticas que utilizan paradigmas semejantes para explicar el orden, un sujeto político racional en un escenario

de posibilidades diversas y con medios limitados, tampoco incluyen el problema de la deprivación humana. Desde este punto de vista, los pobres no son parte ni del orden ni de la creación de la riqueza.

Lo poco que la economía dice sobre la pobreza proviene de las ideas de Townsend y de los conceptos contenidos en "Political Arithmetic" de William Petty, que fueron luego elaborados por Malthus en un modelo biológico lineal. El principio es simple de entender y se ajusta al criterio de escasez que rige la racionalidad de los bienes finitos. Su formulación más general podría ser la siguiente: la pobreza se origina en el hecho que la población tiende a crecer más rápido que la oferta de alimentos, que los empleos o que las oportunidades.

De acuerdo a este enfoque, son los pobres quienes mantienen y multiplican la pobreza ya que tienden a reproducirse más rápido que los ricos y de cualquier modo más rápido que los recursos. De una manera más genérica, hay pobreza debido a la irresponsabilidad de quienes no regulan su reproducción de acuerdo a los recursos. De aquí se desprende el círculo vicioso en que la conducta de los pobres es la principal causa de su pobreza. En último término, sería el desbalance extremo entre la multiplicación de la riqueza y la de los seres humanos el único control natural del problema.

Esto es sin duda, un reduccionismo que ayuda a razonar de una cierta manera a partir de supuestos, pero que no nos explica el fenómeno. Un número muy elevado de reduccionismos científicos se basan en la comparación de dinámicas que tienen ritmos diferentes y conducen a límites

o a apodas que demandan alguna solución. En efecto, la aporía malthusiana encuentra su salida en la autorregulación: los pobres se mueren antes y más a menudo, y al hacerlo evitan que en nombre de la compasión se les entregue recursos cuyo uso óptimo está en las inversiones que reproducen la riqueza. Las alternativas modernas al planteamiento malthusiano son: persuadir a los pobres para que se reproduzcan más lentamente, lo cual obliga a distraer algunos recursos de sus fines óptimos, o más crecimiento económico mediante aumentos de eficiencia de la utilización de los factores.

Las frustraciones de los economistas y de otros científicos sociales cuando intentan definir políticas sociales, es que los pobres están en una dimensión distinta de los supuestos que se usan en los paradigmas de la riqueza y del orden. La aporía malthusiana con que se sustituye la falta de una buena teoría de la pobreza dá prioridad a las inversiones reproductivas, es decir, regresa a los supuestos originales de la teoría de la formación de la riqueza. Es cierto que la idea de inversión puede extenderse a la adquisición de algunos bienes menos tangibles, como las capacidades de los seres humanos y la información, que son importantes factores en los procesos productivos modernos. El caveat implícito en la idea de invertir en los seres humanos es que estos esfuerzos se transforman en inversiones sólo en la medida que posteriormente son utilizados para multiplicar la riqueza, o su oferta futura condiciona la inversión reproductiva y la selección de tecnologías más eficientes. En el mejor de los casos, éste sería un factor positivo pero sin duda el eslabón más débil en la cadena probabilística de determinaciones de la inversión reproductiva. Quiero sugerir aquí que las preferencias por asumir los riesgos de desarrollar, lo que metafóricamente se llama el capital

humano, tienen mucho de subjetivo, de ético y de ideológico, de modo que estas decisiones se hacen siempre en función de **un** escenario de incentivos políticos. En este contexto surgen dos lecturas del desafío. Primero, la lectura de los que calculan a corto plazo, que examinan la relación entre la finitud de los medios actuales y la magnitud de los problemas sociales y concluyen que hay una situación de imposibilidad presente, de modo que la mejor alternativa es invertir ahora en el crecimiento económico futuro, a final de cuenta es el tamaño del producto lo que siempre determina el tamaño de las capacidades que pueden aplicarse para resolver este problema. Esta reacción cortoplazista con fuertes ecos del teorema malthusiano, enfatiza la importancia de la finitud de los bienes y desemboca siempre en una apología de la economía. En segundo lugar, está la lectura de más largo plazo que examina en abstracto las características de las economías exitosas y concluye que aquellos países que no resuelven sus problemas de segregación y discriminación, son incapaces de sostener su crecimiento económico. Este estilo de pensar permite concluir que si no invertimos ahora en los seres humanos, pagamos muy caro mañana el precio de frustrar el crecimiento, ya que el costo de oportunidad es tanto o más alto que lo que pudiera generar cualquier uso alternativo del capital. En la medida que se trabaja con dimensiones de potencial este estilo del razonar contiene elementos utópicos. El contraste entre estas dos posiciones, la de los apologistas del orden presente y la de los apologistas del orden futuro, sugiere que la definición de políticas sociales se hace siempre oscilando entre la ideología y la utopía, privilegiando las virtudes creativas del establecimiento o ajustando sus limitaciones a los requerimientos de un futuro deseable.

Debo agregar que estas lecturas o visiones de la realidad no son lógicamente compatibles, no sólo parten de supuestos analíticos distintos sino que se formulan desde perspectivas difíciles de armonizar. Sin embargo, en el mundo real estas dos lecturas son concertadas políticamente como respuestas a presiones apremiantes. En la medida que interviene esta dimensión nueva, aumentan los grados de libertad en el horizonte decisorio, se abren los caminos sin salida de una polémica que supone que el presente y el futuro tienen ambos un valor absoluto. Si el desafío real no es optimizar sino balancear entre hoy día y mañana, las opciones no son polares sino más bien preferencias por combinaciones subóptimas.

Estas combinaciones a su vez incluyen cuestiones más complejas que la simple solución pragmática del uso múltiple de recursos escasos. Desde la dimensión política que acentúa el valor de lo posible, es indispensable a su vez equilibrar la compasión con la justicia, para decirlo de otra manera, encontrar un camino intermedio entre las compensaciones y los derechos. Se podría hacer un gráfico de las políticas sociales mostrando cómo a mayor compasión hay más elementos de paternalismo y a mayor preocupación por la justicia más participación. La experiencia muestra que es políticamente más fácil ser compasivo que justo, porque hay más grados de libertad para fomentar intereses en torno a la distribución de beneficios que en torno a la distribución de poder. No es de extrañar que la mayoría de los acuerdos pragmáticos sean en efecto compasivos antes que justos.

La lógica de los compensadores es simple y clara. La solución depende de los recursos disponibles, hay pobreza porque no hay suficiente para

compensar. Hoy día hay serias dudas que ésta sea la dimensión principal en la tarea de reducir la pobreza. Los recursos son un factor muy importante, pero cuando los privilegiamos de una manera absoluta, reiteramos la paradoja malthusiana de tener que argumentar que mientras más pobres existen la pobreza tiene menos prioridad frente al crecimiento del producto. Los compensadores deben resolver también la brecha entre los recursos y las necesidades por la vía de mejorar la eficiencia. Sabemos, sin embargo, que el efficientismo en el uso del gasto social no redundará necesariamente en la eficacia externa de los programas sociales, de modo que a menudo la relación costo-beneficio mejora poco. Todo esto nos indica que la compasión sin justicia tiene límites económicos y sociales difíciles de superar. Desde el ángulo de la justicia la pobreza se define como una cuestión de derechos y responsabilidades y se identifica con la gradual habilitación de quienes no tienen ni los unos ni los otros. Para los que piensan en términos de derechos, las inequidades se producen en la "praxis" social. La praxis determina cómo se usan las limitaciones de las teorías y de los modelos antes que la relación causal opuesta. El nudo gordiano del problema de la pobreza está en la manera como los seres humanos traducen los marcos normativos en comportamientos que reflejan también sus valores particularistas e intereses reales, sobre todo las intransigencias y subterfugios para aceptar y practicar normas universalistas de convivencia. **La** segregación es una estrategia para sobrevivir, se expresa en instituciones, en sistemas de relaciones laborales, en los procesos de selección y promoción, en el tratamiento de los niños, de los viejos y de las mujeres, en las prácticas administrativas, en la administración de justicia, en general en la equidad implícita de la trama de interacciones. Desde el punto de vista de la justicia,

todos tendemos a ser buenos realistas, nos adaptamos a los marcos de inequidad existentes y participamos voluntaria o involuntariamente en la reproducción de la pobreza. La inequidad es el resultado de la profecía autocumplida de nuestras hipótesis de comportamiento, por eso la pobreza tiene que ver con el color de la piel, con la etnicidad, el género, la edad, la identidad cultural o la religión. Es una expresión de valores que privilegian más la segmentación que la solidaridad. No es de extrañar tampoco que la pobreza sea una condición moldeada por las propias políticas que la sociedad aplica a sus pobres, éstos no sólo son el producto de la negligencia sino también del paternalismo implícito en los programas de la compasión. La verdad es que la sociedad toma decisiones que definen, administran y regulan la pobreza, que institucionalizan esta condición, pero encuentra enormes dificultades cuando se proponen "liberar" a sus pobres.

Las políticas sociales basadas en la compasión o en la justicia, o como ocurre generalmente en una combinación de ambas, definen de una parte no sólo los objetivos explícitos sino también los implícitos, y de otra parte la pobreza para reducir y la que se mantiene para administrar. El proceso de extender derechos hacia los excluidos y de habilitarlos para su ejercicio responsable tiene consecuencias económicas, pero no implica necesariamente una presión intolerable sobre los recursos. Su área de incidencia se proyecta hacia el plano de la conducta, la extensión de los derechos cambia la ética pública y gradualmente la privada, redefine los conceptos de pueblo y de comunidad.

Estas reflexiones conducen a plantear el desafío de la pobreza en función del problema del orden. Este es un paradigma alternativo al paradigma del



uso óptimo de medios finitos y es más general, porque acentúa la importancia de las condiciones que le dan sentido a la conducta económica racional. De una manera genérica puede denominarse el "Paradigma de Hobbes", o si se quiere el principio utilitario de la prioridad del orden. Hobbes observa que en el desorden no prospera ni la industria ni la creatividad humana, es la lucha de todos contra todos. Dicho de una manera muy general, la optimización desatada de medios de acuerdo a fines individuales puede producir tanto caos, que la racionalidad se vuelve residual y se retrae sólo al ataque y a la defensa. Es un escenario de oportunistas amorales, que mantienen una situación de inseguridad colectiva donde no hay ni externalidades ni otros multiplicadores semejantes. El fundamento de la prioridad del orden es la irracionalidad del oportunismo. La acción racional individual que produce inseguridad colectiva es por definición una desutilidad. La lógica utilitaria de Hobbes es poderosa, porque demuestra que la competencia desatada de todos contra todos por alcanzar cada uno su propia seguridad a cualquier costo, origina la inseguridad de todos. La auto-preservación exige que el cálculo no esté circunscrito a lo inmediato, sino al cultivo de intereses compartidos a través de la creación de un sistema racional de derechos, el cálculo individual deja de ser oportunismo cuando existen bases intersubjetivas para la confianza pública y la cooperación.

¿ Qué lecciones podemos extraer del paradigma de la prioridad del orden? Primero entender que en un régimen de derechos y obligaciones compartidas, los procesos de legitimación son esenciales para mantener su operatividad. La historia del desarrollo de las políticas sociales en Europa desde el Siglo XVIII en adelante muestra cómo los utilitarios de la

revolución industrial incorporan el paradigma de Hobbes, primero al redefinir el poder y la autoridad, luego al abrir un espacio de obligaciones solidarias. De una parte el Estado basado en derechos y sistemas legales universalistas, de otra parte la creación de un área circunscrita y específica para la moral pública con problemas y parámetros distintos de los de la moral privada.

Esta revolución copernicana del orden político dio lugar primero a lo que se llamó el "**discurso de la pobreza**", que justificó el lugar estratégico de las políticas sociales en la legitimación de las nuevas formas de poder. Al asignar recursos públicos a estas necesidades, la gente pudiente pudo desentenderse de los problemas que la deprivación humana planteaba a las conciencias individuales. Esto permitió legitimar el mercado y facilitó el surgimiento de una moral privada utilitaria indispensable para la acumulación del capital. Los sectores acomodados de la sociedad se liberaron gradualmente de su responsabilidad social individual y pudieron concentrarse sin sentido de culpa en los desafíos que planteaba la reproducción de la riqueza.

A su vez, la generosidad pública e impersonal generó un hecho social muy importante, creó una población cuyos ingresos dependían parcialmente de la compasión anónima. Los pobres indeterminados de la caridad cristiana se convirtieron en pobres identificados y regulados por la caridad pública, y el problema de la salvación se tradujo en sistemas para administrar la pobreza, que intentaron fomentar los valores de autocontrol y motivar para

el trabajo arduo, siguiendo las orientaciones valorativas contenidas en el discurso público utilitario de la pobreza.

Desde la época de John Stuart Mill se hizo cada vez más difícil mantener aisladas la moral privada y la moral pública. El impacto del orden, basado en derechos y en leyes universalistas, trascendió hacia los sectores vulnerables. Surgieron diversas expresiones de "porosidad". Los resultados inciertos de la compasión organizada, el volumen de las masas urbanas, la extensión de la deprivaciones y los problemas del trabajo industrial, obligaron a examinar el significado de la co-existencia de dos sociedades regidas por dos éticas independientes. En el debate público adquirieron fuerza los argumentos en favor de principios universales de convivencia. Se perfiló el "Discurso de la Justicia" basado en la extensión de derechos y obligaciones.

Las propuestas y fórmulas para reducir la pobreza que hoy día predominan en América Latina están más cerca del "Discurso de la Pobreza" que del "Discurso de la Justicia". Todos sabemos que estas políticas sociales han sido concebidas como ambulancias que asisten a los heridos que produce el orden. En la medida que los pobres se han multiplicado más rápido que los recursos, la función legitimadora de la compasión pública se ha vuelto también más incierta. Algunos acontecimientos recientes insinúan que los problemas de justicia comienzan a poner en peligro la funcionalidad misma del orden.

Si es verdad que el discurso de la pobreza latinoamericana pareciera estar llegando a sus límites retóricos y operativos, es probable que las respuestas a la ineficacia y fragilidad de los programas sociales, requieran que la población tenga un papel más activo en la solución de sus problemas. Esto no puede hacerse dentro de un libreto paternalista, forma parte del discurso de la justicia latinoamericana. Quizás la relación entre mercado y pobreza debería replantearse en términos de la relación del mercado abstracto que libremente se autorregula con el mercado real que opera dentro del contrato de derechos y obligaciones que legitima el orden.